

REFLEXIONES DE UN ECONOMISTA SOLITARIO

La integración a la economía y la creación de una verdadera democracia política y económica que, sin el monopolio del Estado, aliente la participación de los particulares son las únicas salidas a una economía sumida en una recesión que puede ser larga. Lo urgente, ahora, es despegar. "Los mexicanos—dice Sáenz—tenemos fama de ser malos para las pruebas de velocidad pero buenos para

las carreras largas. Qué suerte, porque así todos participamos en cuatro maratones simultáneos. Sepámoslo o no, conscientes o inconscientes, día y noche corremos contra adversarios implacables y cada vez más veloces. Si volteamos a mirar los rostros de los rivales que nos resuellan en la nuca, veremos con sorpresa que no son los banqueros internacionales o los imperialistas, sino nosotros mismos."

CUATRO MARATONES

EL MARATÓN MALTHUSIANO. El reverendo Thomas Malthus, quien por su profesión tenía línea directa con Dios, concluyó que el creador no estaba en su mejor día cuando hizo a los humanos, y que obviamente no sabía de economía porque los dotó de ciertos órganos que hacen mucho más agradable procrear que labrar la tierra. Omitió dar un estímulo adecuado a la agricultura. Conocemos la consecuencia: en gran parte del mundo hay exceso de niños y escasez de alimentos. En su *Ensayo sobre la población* (Londres, 1798) Malthus formuló lo que hoy los economistas pomposamente llamarían modelo macroeconómico. Postuló que la población aumentaría en progresión geométrica en tanto que los alimentos crecerían sólo aritméticamente. La primera parte de su modelo ha resultado exacta para México, ya que los habitantes se duplican cada generación. Pero ni Malthus ni Dios previeron que en México, gracias a una interminable Reforma Agraria, los alimentos básicos no aumentarían ni siquiera en progresión aritmética sino que serían cada vez menos. Hace tiempo que urge subsanar la omisión divina estimulando los órganos que manejan nuestra agricultura. Necesitamos una verdadera reforma agraria (así, con minúsculas) orientada a producir y no a fraccionar más la tierra o movilizar votantes cautivos para el partido oficial.

El maratón ecológico. El segundo maratón en que participamos es el de la población contra los ecosistemas. Estamos corriendo contra nuestro propio detritus, contra nuestros eflujos, emisiones y exudados, contra el agotamiento de los bosques, tierras y aguas para regar y beber. Con la tasa actual de incremento del consumo y contaminación de agua, el Banco Mundial ha previsto una crisis nacional para fin de siglo. La atmósfera de la ciudad de México ya no es adecuada. El maratón ecológico lo ganaremos sólo con más educación y mucho más gasto.

El maratón de la democracia. Corremos en una compe-

tencia continua entre el tradicionalismo y la modernidad, entre el progreso tecnológico y el obsoleto. Competimos contra la inercia política, ideológica, sindical y económica. Corremos, en último análisis, contra la falta de democracia política y económica que hoy constituyen un doble obstáculo en el maratón para aumentar nuestro nivel de vida. Si todo maratón es prueba dura, este nuevo maratón con vallas lo es más.

El maratón del desarrollo. La economía mexicana lleva ocho años de estancamiento y disminución de ingresos reales, en tanto que aumentan nuestras necesidades de empleo, producción y progreso social. El maratón del desarrollo es de toda la población contra las causas de la parálisis económica y la pobreza cada vez más grave de la mayoría. Pese a que el gobierno pasado estableció nuevas marcas nacionales de inflación y de devaluaciones, de emisión de moneda y endeudamiento, no logró que la economía creciera. Para producir una aparente calma, en vísperas de las elecciones congeló todo, también sin resultado positivo en los ingresos reales. Hubo error de diagnóstico y de tratamiento.

Para prosperar tenemos que ganar los cuatro maratones; basta perder cualquiera de ellos para que México deje de ser viable como país. Esta es una realidad subyacente a la superestructura política, a las luchas por el poder y a las personas que lo detentan. Ganar los cuatro maratones es urgente, pero en el entorno político que vivimos el más importante es el del desarrollo. Es impostergable mejorar el ingreso real per cápita de los mexicanos, absorber el desempleo acumulado y el que viene. Sólo con mejoría real, tangible, de ingresos se podrá reducir la creciente tensión social y restablecer una expectativa racional de tiempos mejores. Me referiré principalmente a este maratón de desarrollo contra pobreza, que sintetiza los demás.

En el contexto mexicano actual aparece un nuevo fenómeno: la *infradase*. Está formada por los marginados históricos y los desocupados de siempre. A ellos se han sumado

quienes deseando trabajo no lo consiguen, los niños callejeros sin padres ni hogar, los drogadictos, los chavos banda, delincuentes y pandilleros; y, más importante, los desesparanzados que hasta fecha reciente confiaban en que pronto vendrían tiempos mejores y ahora han perdido la fe. Al ya angustioso problema del *lumpen proletariado* ciudadano hoy se añade el del *lumpen ejidatariats*. La fuerza creciente de la infraclassa no resulta de las contradicciones internas de un sistema capitalista, ya que hay países mucho más capitalistas que México que tienen menos problemas, sino de las contradicciones internas de un sistema político obsoleto que hoy es barrera al desarrollo.

Nuestros problemas deben ubicarse en un contexto mundial de evolución acelerada. En los 40 años transcurridos desde la segunda guerra mundial, las economías, tecnologías y estructuras políticas han cambiado más que en cualquier período anterior. Al terminar la segunda guerra el mundo era virtualmente unipolar. Estados Unidos concentraba la fuerza militar y tecnológica, el poderío económico y el financiero. En los cincuenta surgió la Unión Soviética como segundo polo, que, sin tener fuerza económica proyectable al exterior, sí ejercía un poderío militar y político.

En los sesenta resurgió Europa Occidental como tercer polo. Pronto estará completo y sin barreras su mercomún constituyendo una extraordinaria área de prosperidad y democracia. Poco después se desarrolló, con vertiginosa rapidez, la cuenca del Pacífico formada por Japón y los Cuatro Dragones de Asia. En veinticinco años se han convertido en la principal fuerza exportadora y financiera del mundo. A estos cuatro polos se agregará pronto el formado por China. No sabemos cuántos otros centros de fuerza económica y tecnológica, financiera y política, surgirán. En sólo cuarenta años hemos llegado a vivir en un mundo multipolar. Todo ha cambiado y todo se acelera. La economía se ha transnacionalizado y globalizado. Vemos componentes de un país ensamblados en otro y vendidos en un tercero. La competencia técnica y de costos es cada vez más intensa. En la coyuntura actual México está quedando rezagado. La distancia que nos separa de los desarrollados, lejos de disminuir, crece.

Quizás el cambio mundial de mayor relieve sea que el flujo internacional de mercancías hoy es sólo la *quincuagésima parte* del flujo internacional de fondos financieros y capitales. El comercio exterior de mercancías sigue siendo importante, pero no tiene la movilidad o la rapidez de acción de los movimientos financieros. Pese a la globalización de la economía, han aumentado las barreras para que la mano de obra pase de un país a otro. Pero en el mundo integrado de hoy esta falta de movilidad humana puede subsanarse con el capital que fluye de un país a otro. Si los trabajadores no pueden cruzar fronteras para ir a donde están las fábricas, éstas sí pueden llegar a donde están aquéllos.

No tenemos la fuerza ni la tecnología suficientes para que seamos polo propio, pero nuestro sistema político nos mantiene en una jaula ideológica que nos impide ver la realidad cambiada y adherimos poco a poco al eje norcontinental que

es nuestra área lógica. México entró al GATT con atraso de cuarenta años —si lo hubiésemos hecho en 1948 cuando tuvimos la primera oportunidad, el costo de ajustar paulatinamente nuestra economía interna a las necesidades impuestas por la competencia internacional hubiera sido menor. Hoy nuestra industria sería más competitiva y eficiente, tecnológicamente más avanzada y más productiva. Pero durante 35 años se opusieron al GATT los pensadores convencionales, los intereses creados empresariales y sindicales que hoy con idénticos argumentos se oponen a un mercomún.

El pensamiento político convencional es que México no debe entrar ni gradualmente a un mercomún. Alegan que la disparidad de desarrollo que tenemos respecto de Estados Unidos y Canadá es tan grande que estaríamos expuestos a una desigual competencia. Quienes así piensan creen que el tiempo opera a nuestro favor —que la distancia que nos separa de los países desarrollados disminuirá sola y que en el futuro la economía mexicana estará en mejores condiciones de competir en los mercados internacionales. Lamentablemente la realidad es otra: la diferencia respecto del primer mundo es cada vez mayor. Nadie nos va a esperar.

Quizás el mejor camino para acelerar nuestro desarrollo económico, modernización y competitividad sea entrar a un mercomún y a la economía global, con prudencia pero pronto. Así lo han hecho con éxito los países de Europa Occidental pese a sus desiguales grados de desarrollo. Entre las pocas soluciones reales que tiene México, quizás no sea tan mala ni peligrosa como creen los ortodoxos, tradicionalistas y demagogos. En un mercomún tenemos más ventajas que desventajas: acceso estable al mercado máximo del mundo. Solos, el producto interno de Texas y su poder adquisitivo superan los de Brasil. Nuestro nivel de salarios es sustancialmente más bajo que el de Estados Unidos y nos garantiza la competitividad por muchos años en tanto tecnificamos nuestra economía. Las condiciones de ingreso dan tiempo.

Es impresionante el aumento en la velocidad de cambio en los terrenos vitales. México está en una época de hipertensión creciente, interna y externa. En los cuatro maratones que corremos, el cronómetro se ha vuelto nuestro enemigo y el *factor político más importante*. También el tiempo opera en contra nuestra. El tiempo es el río en que pescan los políticos, pero no se detiene. Los políticos en el poder creen que el tiempo es su aliado y que con sólo aguantar unos años los problemas se desvanecerán. Calculan que la inconformidad y la parálisis económica se irán resolviendo solas; que la oposición se desbandará y el pueblo de México se convencerá de que su mejor camino es la continuación del sistema político vigente. Lamentablemente la realidad no puede ocultarse con pactos, planes y concertaciones que sólo posponen los problemas sin atacar sus raíces. Las fuerzas económicas, sociales y demográficas están en marcha día y noche. No se detienen para nadie.

El gobierno está obligado a ayudarnos para ganar los maratones. Ningún gobierno tiene derecho a hacer planes para frenar el crecimiento del país. Debe guiarlo y modularlo con

finos anticíclicos, pero en la medida en que suprima, posponga o no logre el crecimiento necesario estará abdicando de su responsabilidad básica ante el pueblo. Cada día que pasa sin cambio se vuelve más veloz la carrera, más altos los obstáculos, más fuerte la competencia. *Citius, altius, fortius*

DEMOCRACIA O DINOCRACIA

La democracia política es fácil de enunciar pero difícil de definir. En alguna forma es gobierno por, para y del pueblo. Pero "democracia" indica tanto un conjunto de ideales como un sistema político. La democracia directa tipo ateniense sólo funciona en áreas geográficas muy pequeñas: el barrio o la aldea. Cuando se pasa de la aldea a la megalópolis, o a regiones geográficas más amplias o a una nación entera, ya no es viable la decisión directa de viva voz. Hay que recurrir a los expertos, a la delegación de facultades y a distintas formas de democracia representativa o indirecta. Tampoco es posible someter cada problema a referéndum o votación específica. El pueblo tiene que delegar su soberanía en quienes lo representan. *Vox populi, vox Dei* suena bien, pero la voz del pueblo llega muy distorsionada y retrasada a los gobernantes. En la democracia moderna hay otra complicación: la contravoz de los dioses de la política. Los gobernantes a veces no reciben la *vox populi*, sino que a través de los comunicadores sociales la forman a su antojo. Más que la voz del pueblo reciben el eco de la suya.

Por estas realidades de la *praxis* política los gobernantes, aunque cuenten con el voto mayoritario, deben estar sujetos a prohibiciones, parámetros, frenos y contrapesos que les ven aprobar acciones castrantes de los derechos de los electores presentes o futuros.

A largo plazo un sistema democrático enfrenta un dilema básico: cómo impedir actos abruptos o irreflexivos y a la vez mantener abiertas las puertas al cambio continuo que toda sociedad en desarrollo requiere. Un gobierno democrático tiene que ser, paradójicamente, conservador a la corta y liberal a la larga.

Es característica de un gobierno democrático que una decisión mayoritaria obliga a las minorías. El peligro para la soberanía del pueblo es que los gobernantes, ya sea que lo hagan con el 51% de los votos o por simple pluralidad, tienen el 100% del poder. No basta asegurar la discusión de las leyes antes de su aplicación: es necesario garantizar a perpetuidad los derechos de minorías y voces disidentes que mañana pueden ser mayoría. Democracia implica evitar actos arbitrarios o irreversibles. Debe estar vetado todo sistema que pueda impedir la eventual revocación del mandato otorgado por el pueblo a sus gobernantes. Lo vital es mantener la libertad de expresión, conservar los derechos humanos y asegurar la posibilidad de cambiar de rumbo cuando los electores lo deseen, o nuevos problemas afloran.

La pregunta más pertinente de nuestra era es por cuánto tiempo tiene derecho a gobernar sin democracia un régimen nacido de una revolución social triunfante. ¿Diez años como

Ortega? ¿Treinta años como Castro? ¿Setenta y uno como el soviético? ¿Setenta y cinco como el nuestro? La respuesta es que la democracia requiere de un consenso periódicamente verificable y no de uno presumible. Ningún gobernante o partido político debe arrogarse el derecho de ser iluminado, monopolístico y perpetuo intérprete de los destinos de una nación. No es válido gobernar eternamente en nombre de una revolución como la mexicana o la rusa ocurridas hace tres generaciones, o hacerlo con base en una ideología totalitaria o en algún fundamentalismo religioso. Todos los dictadores, llámense Jomeini o Stalin, Hitler o Pinochet, han justificado sus actos en función de que ellos y sólo ellos saben cuál es el verdadero destino de su nación. Tampoco es válido gobernar con base en la tesis de que, sin tomar en cuenta los resultados de una elección, el "sistema" vigente debe ser conservado porque es el único que puede garantizar la estabilidad.

La democracia política, en resumen, es el arte de elegir libremente a los gobernantes pero también de limitar su poder, de revocarlos cuando sea necesario y de garantizar siempre la revocabilidad de las decisiones. La democracia tiene la difícil, algunos dirían imposible, tarea de lograr por consenso la selección de un rumbo para la nación, de fijar metas y de crear los medios para lograrlas. Estos objetivos no son fáciles. Pero a pesar de sus defectos y peligros la democracia es el menos imperfecto de todos los sistemas de gobierno ideados por el hombre para normar el destino colectivo.

POR UN DESARROLLO SIN ADJETIVOS

Al terminar la segunda guerra mundial el "desarrollo" se convirtió en eje del discurso político mexicano. En el sexenio de Miguel Alemán el programa era *desarrollo* sin adjetivos. Como la izquierda consideró que los beneficios del desarrollo no eran parejos, en el gobierno de Ruiz Cortines se usó el concepto de *desarrollo con justicia social*. En el sexenio de López Mateos se impuso la idea de *desarrollo compartido*. Después vino el *desarrollo estabilizador*. Pero con distintos calificativos y modulaciones el concepto de "desarrollo" siguió siendo esencia del léxico político. Súbitamente, en el gobierno de De la Madrid, el desarrollo cayó en el olvido. Tal vez porque el país entró a una lamentable etapa de *depresión sin desarrollo*, los políticos prefirieron que el pueblo no recordara nuestras pasadas épocas de crecimiento.

Hay muchas similitudes entre la democracia económica y la política. Cada peso que gastamos es un voto emitido dentro del sistema productivo. Nuestra decisión de gastar, ahorrar o invertir es un mandato para que la economía nacional produzca lo que queremos. La conjunción de muchos individuos, cada uno de los cuales gasta de acuerdo con su libre albedrío es hasta hoy la mejor forma de lograr que la economía produzca lo que los habitantes desean, en las cantidades máximas posibles con los recursos disponibles, en las fechas correctas y en los lugares donde es necesario.

La imperfección de este sistema de democracia económica es que cada individuo tiene no un solo voto como en la

democracia política, sino muchos votos de acuerdo con su nivel de ingresos, su riqueza acumulada, su acceso al crédito y su potencial de gasto. Así como en la democracia política es necesario establecer frenos y prohibiciones, balances y contrapesos al ejercicio del poder, en la democracia económica hay que establecerlos a lo que los individuos o el gobierno pueden gastar. Por ello han nacido dentro de la democracia económica tres contrapesos a la economía totalmente libre. El primero es un sistema impositivo que mayormente grava a quienes más tienen y más votos pueden ejercer en el mercado, y que así redistribuye el poder de compra. El segundo es el colchón de los servicios sociales. El tercero es un freno al gasto del gobierno mismo. Como el gobierno, endeudándose o imprimiendo dinero, puede gastar más de lo que tiene, una democracia económica requiere poner límites especiales a lo que el gobierno puede gastar —al número de votos que ejerce en el mercado.

En años recientes los gobiernos se han vuelto factor económico determinante. El gobierno es empresario, consumidor y prestador de servicios. Ejerce en el mercado una fuerza muy superior a la de la mayoría de los consumidores. Para evitar que se perpetúe el sesgo estatista, una democracia económica requiere poner frenos específicos a la acción del gobierno dentro del campo económico. En particular, puesto que en la práctica el gobierno suele ser no sólo empresario sino monopolista, una economía eficiente necesita aplicar con especial cuidado controles antimonopólicos a la acción del gobierno. No hay mayor obstáculo al crecimiento y al buen uso de recursos escasos que el estatismo omnisciente. Balancear la fuerza económica del gobierno y de la sociedad es tarea difícil —imposible según muchos. La *glasnost* y la *perestroika* son la prueba contundente de que el comunismo y su planificación central son la ruta más larga hacia el capitalismo. La economía de libre decisión, con sus muchos defectos, ha demostrado ser el menos malo de todos los sistemas ideados por el hombre para dirigir la economía, hacerla eficiente y lograr el desarrollo.

SIMBIOSIS DEMOCRÁTICA

Las metas económicas y políticas del pueblo de México coinciden y se complementan. En el escaparate del mundo multipolar en que convivimos, resalta que los países de más alto nivel de vida son los que en mayor grado combinan la democracia política con la economía de libre decisión. Nuestra propia experiencia interna confirma que la democracia política y la democracia económica simultáneas parecen ser la mejor combinación, o quizás la menos imperfecta, para el crecimiento económico y el desarrollo del país.

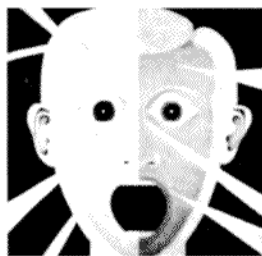
Las estructuras colectivas, sean políticas o económicas, no deben ser externas a los individuos o indiferentes a su voluntad. En todo el mundo, salvo quizás en los países islámicos fundamentalistas, vivimos el ocaso del colectivismo, del rectorismo estatal, de gobiernos en manos de autoconvencidos poseedores de la verdad absoluta o profetas de revolu-

ciones pretéritas. Para vencer en los cuatro maratones en que participamos, la democracia económica y la democracia política son complementarias, simbióticas y retroalimentantes. El México nuevo requiere simultáneamente apertura económica y apertura política: ni dirigismo económico ni paternalismo político perpetuo.

En este marco ¿cabe afirmar, como muchos, que las elecciones del 6 de julio de 1988 sean parteaguas en la historia de la democracia en México? A mi juicio se trata de una ilusión electoral. Si bien hubo explosión de esperanzas de una apertura política, el endurecimiento posterior del PRI, el reciclaje de políticos caducos y repudiados por el voto, el súbito y estadísticamente improbable aumento posterior de la votación a favor del PRI en elecciones locales, la febril actividad del dedo índice presidencial no son signos alentadores. Es alarmante la expansión de la burocracia para crear nuevos puestos, institutos y comisiones que amortigüen la caída de los pocos cesantes. Nuestros políticos siguen más propensos a la demofilia y demorra que a la democracia real. Parece que el cierre en lo político y la congelación en lo económico constituyen la tónica actual. No hemos avanzado nada después del 6 de julio en el fortalecimiento de la democracia política y muy poco en la implantación de la democracia económica. No debemos forjarnos ilusiones porque en la legislatura haya debates y hasta gritos: la oposición está fragmentada entre izquierda y derecha, la mayoría priísta sigue monolítica.

Nuestros contrincantes en el maratón por la democracia política son muchos dinosaurios, los caciques sindicales, nuestra *Nomenklatura* (mejor conocida por *Directorio Biográfico del Gobierno Mexicano*) cuyos integrantes se permutan, recombinan y reaparecen en distintos puestos. Nunca mueren ni sufren castigo por sus errores. Este es el "sistema" de sobrevivencia que los políticos en el poder quieren perpetuar.

No es fácil que México llegue pronto a la macrodemocracia: la democracia a nivel nacional. Son muchos los obstáculos que pondrán en el camino los "duros", los viejos políticos, los *capos* del corporativismo y los burócratas estatales y paraestatales. Por aprisa que corramos en el maratón parece improbable llegar a la macrodemocracia en las próximas elecciones. El camino más viable parece ser esforzarnos en lograr primero las muchas microdemocracias que nos faltan: en los sindicatos, gremios, asociaciones civiles y colegios



Autorretrato de artista adolescente, 1984

profesionales y sobre todo en donde cuenta más: municipios y estados. Que el dedazo ya no opere en este nivel microsocial para que algún día no muy lejano tampoco lo haga en el macrosocial. La macrodemocracia no nos llegará sola como mandó del cielo. Tampoco podemos lograrla mediante decretos o reformas al Código Electoral por esenciales que sean. La democracia, como la felicidad conyugal, no es una meta distante en el futuro, sino una forma de convivencia cotidiana. Tenemos que progresar de lo chico a lo grande, ir de abajo hacia arriba, pasar de lo micro a lo macro.

SUEÑO DE UNA NOCHE DE INVIERNO

Una noche reciente soñé que el presidente de la República cumpliendo su programa de modernidad, nombraba como secretario de Gobernación a uno de nuestros ex cancilleres para sustituir a un dinosaurio político. En su primera conferencia de prensa el flamante secretario de gobernación, usando la misma voz solemne con que antes hablaba en las Naciones Unidas, dijo:

México es un país cuya política se ha regido y se rige por principios inmutables. Ha llegado el momento de que los principios aplicables en nuestra política interior sean congruentes con los que han guiado nuestra política exterior. Estos principios, que con tanto éxito hemos propalado en los foros internacionales, como ustedes saben, ya han sido integrados a nuestra Constitución.

En consecuencia, a partir de hoy vamos a aplicar en lo interior el principio de *autodeterminación de los pueblos* que ha guiado nuestra política exterior. Respetaremos la autodeterminación de los gobiernos locales, municipales, estatales y del federal.

Asimismo aplicaremos el principio de *no intervención* en las decisiones de la ciudadanía. Respetaremos el voto, la *igualdad jurídica* de todos los ciudadanos y sobre todo de los partidos políticos, chicos y grandes, cualquiera que sea la ideología política que libremente escojan. Nos limitaremos a la *solución pacífica de los conflictos* que puedan surgir entre las entidades federativas y a *cooperar para el desarrollo colectivo*.

Al leer la prensa matutina me enteré de que la única parte real de mi bello sueño fue que el presidente efectivamente había cambiado al dinosaurio secretario de Gobernación —pero que lo había reemplazado por un *tiranosaurio rex* que se encargaría de mantener el predominio del PRI y así asegurar la continuación del sistema invocando, como siempre, los ideales de la revolución de 1910.

EL AÑO NUEVO DE LOS ECONOMISTAS

México ha sido gobernado por tandas de generales, agrónomos y abogados. Hoy por primera vez los economistas ocupan no sólo la presidencia de la república sino la mayoría de las secretarías de estado y muchísimos puestos clave. Los posgrados sustituyen a los méritos revolucionarios como dere-

chobahientes del poder. Los economistas están hoy bajo el microscopio, no sólo porque guían al país sino porque ellos mismos han inventado los índices para medir la eficacia de sus programas. Juzgar en épocas pasadas si los generales o los abogados nos gobernaban bien o mal era muchas veces cuestión de apreciación subjetiva. Pero a los economistas en el poder les pasará lo que a los atletas en sus competencias. Por más que hablen y escriban sobre su actuación, por más pretextos y disculpas que ofrezcan cuando pierden, el rendimiento de los atletas se mide objetivamente por los tiempos y marcas que logran. Así con los economistas —su actuación deberá medirse no por sus planes, concertaciones, pactos o modelos sino por las marcas que logren en el crecimiento del producto real por habitante. Todo lo que digan los comunicadores sociales de cada secretaría, toda la retórica y la demagogia que puedan usar, no valdrá ante la realidad objetiva. La calificación final de su labor la dará una simple cifra: el crecimiento del PIB real por habitante. Con la misma vara que diseñaron para medir la economía serán medidos. Nada más justo.

LAS LEYES ECONÓMICAS SON AMORALES

Todos los seres humanos tenemos deformaciones profesionales. En particular los economistas han propendido a tomar como meta algún bello plan o modelo econométrico. Pero es indispensable recordar que estamos participando en un maratón donde el reloj es el rey. Las teorías económicas no tienen validez fuera del contexto histórico en que operan. Las llamadas "leyes económicas" se derivan de la observación de ciertos actos y sus consecuencias, y tienen alta probabilidad de seguir vigentes si no cambia demasiado el entorno. Los instrumentos analíticos y las teorías de que dispone el economista son simples medios para lograr determinados fines. Los instrumentos son moralmente neutros. Pueden usarse para manejar eficientemente una economía de guerra, para fabricar bombas atómicas o fertilizantes con el menor costo, o para operar una economía de bienestar. Los buenos o los malos no son los instrumentos sino los economistas que los aplican y los políticos que escogen los fines. Ante la urgencia de los problemas de México, ante el largo invierno que ha congelado nuestra economía y desesperado a tantos, ha llegado el momento de usar con realismo y sin dogmas heredados las técnicas, los instrumentos y las teorías para aumentar el nivel de vida de los mexicanos antes de que perdamos el maratón.

UN EXTRAÑO CONFORMISMO

Es inquietante que tanto el último plan del gobierno anterior como el primero del actual, hayan de servir más para frenar al país que para estimular su crecimiento. Toman la recesión intencional no sólo como medio sino como meta. Un extraño conformismo se ha posesionado de nuestros gobernantes. Es la primera vez en la historia post-revolucionaria que un gobierno entrante fija como meta de su política un creci-

miento económico inferior al aumento de la población en general, determinado por los nacidos hace 15 años, y de sólo la mitad del incremento de la fuerza de trabajo. Proponer para el primer año un crecimiento de sólo 1.5% del PIB provocará que sigan aumentando nuestros rezagos. Tampoco está considerando el gobierno la necesidad urgente, desde el punto de vista social y político, de absorber la desocupación acumulada de los últimos ocho años. Más preocupante es que acepte *para todo el sexenio* un crecimiento medio de sólo 4 o 5% anual cuando el *mínimo minimorum* para resolver nuestros problemas acumulados, los presentes y del futuro inmediato tiene que ser del 8 o 9%.

¿Acaso no sería más lógico un plan para que México crezca al ritmo necesario? Con el cronómetro en la mano deberían hacer un balance de nuestra disponibilidad de ahorro interno, y de las formas de movilizar en beneficio propio la tecnología o inversión extranjera necesarias para el crecimiento. ¿No debería ser prioritaria una verdadera reforma agraria para aumentar la producción y no para construir más adoratorios a Zapata? ¿Dónde está el proyecto nacional adecuado a nuestro crecimiento? Sabemos dónde están los políticos y los tecnócratas, pero ¿dónde anda un estadista, el hombre para toda la nación que vea el futuro y nos lleve hacia él?

POLÍTICA ECONÓMICA Y POLÍTICA POLÍTICA

Para pasar de la microdemocracia a la macrodemocracia falta una política activa de promoción. La democracia a nivel social no llegará sola, hay que impulsarla. El crecimiento económico tampoco nos llegará solo, hay que promoverlo activamente operación por operación. Una política macroeconómica que mejore el nivel de vida de los mexicanos se consigue con la suma de muchos éxitos del nivel microeconómico. Para lograr el crecimiento general de nuestra economía no basta crear un marco y señalar directrices. Falta la inversión, la creación activa, el detalle, que como el *pointillé* de la pintura impresionista va sumando puntos para formar el conjunto. Tanto en la política económica como en la democracia muchos éxitos pequeños nos darán el gran éxito; sin ellos todo seguirá siendo sueño. Mientras, el reloj sigue su marcha.

EL FUTURO ES EL PRESENTE

Para que el futuro sea bueno tenemos que empezar por lo que hoy hacemos. No se puede pensar que México viva el resto de su historia en la austeridad, con la actividad congelada y sin crecimiento. No debemos pensar en un México eternamente tercermundista. Se ha dicho mucho que el problema inmediato es cómo lograr un aterrizaje suave después de dos Pactos paralizantes. Quienes así piensan confunden vuelo con suelo. Nuestra economía no está volando; durante ocho años ha estado atascada. Lo urgente no es cómo aterrizar sino cómo despegar. Es necesario establecer una serie de prelacones para corregir desabastos y carencias, pero también pro-

mover y estimular la inversión y las actividades esenciales que han estado congeladas. Las decisiones deben tomarse ya. No podemos, no debemos, esperar más. Si los políticos nos mantienen en la catalepsia colectiva llegaremos pronto a la *economía del desempleo*, con un 30% de desocupación permanente, cuyas consecuencias sociales nadie puede prever.

Así como al correr los cuatro maratones vemos que los contrincantes somos nosotros mismos, para reanudar el crecimiento de la economía debemos comprender que el camino y la solución somos fundamentalmente nosotros. Para iniciar un proceso de expansión económica nos hacen falta sobre todo tiempo y capital. Si nuestros propios recursos son insuficientes para crecer en el tiempo disponible, el gobierno y los políticos deben ser realistas y promover la entrada tanto de inversiones como de recursos tecnológicos de fuera. Es falso que esté en juego la soberanía. México es demasiado grande. Lo que sí está en juego es la posibilidad de crecer.

Creo que un análisis frío, objetivo, racional de la coyuntura del país indica que es indispensable salirnos de la jaula ideológica que nos tiene presos y condenados a repetir patrones obsoletos. Hay que iniciar una política activa, afirmativa, de inversión para el desarrollo. Los adjetivos y las modulaciones podrán venir después. Busquemos la forma de que México funcione nuevamente. Lo logramos durante períodos largos en el pasado y podemos hacerlo otra vez. Dedicuemos nuestro escaso ahorro interno al financiamiento de la producción y el desarrollo. Hay que desalentar fiscalmente las operaciones especulativas en la Bolsa, que sólo crean riqueza imaginaria y nada tangible. En cambio falta estimular operaciones bursátiles que faciliten la emisión de nuevos valores que incrementen de primera mano los activos reales de las empresas productivas.

Falta establecer otra vez un cuadro, público y conocido, que aliente selectivamente las industrias necesarias para integrar una matriz de desarrollo. Démosle a nuestros grandes y pequeños empresarios vitaminas y hasta esteroides anabólicos. En el maratón del desarrollo se vale el "doping"; si no, que lo digan los japoneses. Urge fijar muchas pequeñas metas. Si las alcanzamos el éxito grande vendrá solo. Lo importante es que México funcione para ganar el maratón contra la pobreza.

México necesita un hombre que pueda gobernar no sólo para sobrevivir políticamente a su sexenio, sino para alcanzar el futuro. Es la oportunidad para un *estadista* con visión clara de las necesidades reales de México: un hombre que con fe en el México nuevo inicie una estrategia afirmativa para que comencemos la larga marcha hacia el primer mundo.

Los estadistas no nacen, se hacen. Son hombres que crecen a la altura del reto que enfrentan. México tiene un presidente joven que en su entrenamiento ha corrido al lado de un campeón olímpico de pruebas largas. Ojalá que ante los retos que tiene en el maratón vital en que participamos todos los mexicanos deje atrás a los dinosaurios y caciques, a los convencionales, miopes y retrógrados, que le resuellan en la nuca y hasta lo jalan de la camiseta cuando creen que el árbitro no está viendo.